

Si El recurso del método traza la imagen del Dictador testafarro del imperialismo, Yo El Supremo patentiza las contradicciones de nuestro movimiento emancipador. El Prócer independentista debía combatir a la antigua metrópoli, conservarse independiente del imperialismo inglés y superar sus intereses de clase integrando al pueblo al proceso de liberación. Esta empresa no fue históricamente viable. Por eso los Próceres acababan en dictadores y cuando éstos mueren políticamente los sustituyen procónsules del imperio. El impulso de autodeterminación da paso al gobierno de la burguesía dependiente.

última novela de Roa Bastos

yo el supremo (el dictador) yo el ínfimo (el novelista) no yo aún (el pueblo)

RECREACION Y JUICIO DE UN PADRE DE LA PATRIA

"Yo El Supremo Dictador de la República:

Ordeno que al acaecer mi muerte mi cadáver sea decapitado; la cabeza puesta en una pica por tres días en la Plaza de la República donde se convocará al pueblo al son de campanas echadas a vuelo . . ."

Así comienza un pasquín encontrado en la puerta de la catedral de la Asunción, pretendidamente autógrafo del propio dictador Francia, ordenando raer su memoria de la faz de la República. Y así comienza la novela. La última novela del escritor paraguayo Augusto Roa Bastos, dedicada al Dictador fundador de la República hermana del Paraguay, una figura histórica poderosa y original que aún sigue siendo un enigma histórico. Pero que indiscutiblemente ha configurado al Paraguay: su sentido igualitario, su amor a la tierra patria, su valor indomable en defensa de su libertad y su integridad territorial, su bilingüismo, la asimilación sociocultural de lo indígena, la debilidad de su vida intelectual, la plaga de dictadores, la corrupción de todo el aparato estatal . . . son características nacionales que tienen mucho que ver con la obra del Doctor Francia.

Por eso la posición de Roa Bastos, intelectual comprometido con su tierra y desterrado perpetuo, ante el Dictador Perpetuo es necesariamente ambivalente, es una relación muy compleja. Y esto queda reflejado en la novela. En la novela sigue vivo el Dictador, él es el que dicta a su escribano lo que va escribiendo, él es la única voz. Los demás contestan —el escribano— o comentan —el escritor. Y ninguno de los dos contrapuntea, se limitan a confirmar. Dan fe de que es verdad la palabra

del dictador. Y Francia, cuyas palabras no necesitan ser escritas porque eran órdenes que quedaban escritas en los hechos, es decir cumplidas, escribe cuando está viejo. Escribe —cuando no puede seguir haciendo— para interpretar lo que ha hecho y colocarlo en el horizonte de lo que falta: es la "circular perpetua". Y escribe también como último grado de acción. Pero esas últimas órdenes y comentarios aparecen mezclados en la novela con lo que habla su secretario mientras le dicta, quedan, pues, ya diluidos, van siendo cada vez más letamuerta. En el cuaderno privado es donde se entabla de la manera más abierta esta lucha con la muerte, escribir como último grado de hacer, como último refugio de la voluntad de existir, de poder. Hasta el último acto, la orden de quemar los papeles y orden de muerte para el escribano, dos órdenes que son una sola, acto de consumación, de autodestrucción pero acto también, que es la muerte.

Al enfrentarse uno con este libro tan contrahecho a uno lo primero que le provoca pensar es en los estragos del boom. Uno recuerda lo proporcionado, lo sabroso, lo entrañado en el pueblo de su libro de cuentos *El Trueno entre las hojas* y de su gran novela *Hijo de Hombre* y a uno como que le entran añoranzas de una época más armoniosa en la que los hechos, por más tremendos que fueran, se inscribían en un ambiente amplio y firme de

ROA BASTOS, Augusto: *Yo El Supremo*,
Siglo XXI Argentina Editores, 1974.

naturaleza y se escribían en una formada arte ya sabida aunque renovada siempre.

Entonces uno se pregunta ¿qué ha pasado aquí? ¿Es el afán de ser complejos, crípticos como un síntoma de estar en la órbita mundial? ¿Es el afán de salir de un complejo de provincianismo a como dé lugar? ¿O es el atrevimiento, la confianza de zambullirse en lo que no es aún, la necesidad de luchar contra los elementos para darse a luz como latinoamericanos?

Es, creemos, la necesidad de re-suscitar a los Padres, para ampararse uno, para no verse sólo de dos dimensiones, para no verse reducido a un objeto-mirado-espoliado por el Occidente desarrollado. Se trata de convocar un ámbito propio desde el que nuestra imagen cobre luz propia, sentido. Es la necesidad de redescubrir la fuente para verse la cara y conocer quién es uno y beber en el origen para seguir creciendo. Lo tremendo es que al entrar uno al santuario, al tiempo mítico del principio, al toparse uno con el Padre, se encuentra uno con un monstruo, Saturno devorando a sus hijos en la doble versión de Rubens —espléndida— y de Goya —negra inhumanidad. Entonces uno se ve simultáneamente como salido de sus entrañas y como sobreviviente de su voracidad.

Entonces la necesidad histórica de remontarse a los próceres se convierte en un acto oscuro, ambivalente: recrearlos y matarlos; condenarlos y reconocerlos.

Y mucho más terrible cuando el hijo-escritor se vé lúcido —capaz de juzgar— pero no prócer —incapaz de dar a luz al pueblo, de liberarlo. Entonces uno se ve inferior al monstruo, dependiente de él. Y entonces el libro se convierte con despecho en un homenaje.

La novela trata del Dr. Francia, Dictador Perpetuo del Paraguay desde 1.814 a 1.840. Es una obra muy ambiciosa ya que no es una crónica convencional ni una puntillosa acumulación y confrontación de testimonios históricos tratando de componer una imagen lo más objetiva posible sino el intento —de antemano imposible— de re-crear al dictador. De ahí el título: Yo El Supremo. El novelista utiliza no sólo su persona gramatical sino que suplanta hasta su misma letra, rehecha con su propia pluma, guiada por la misma voluntad del dictador. Esa es la pretensión del escribano-autor. El escribir la novela sería entonces una especie de acto sexual y la novela, el engendro.

EL MUNDO DE UN LATINOAMERICANO

Hemos visto a la novela como espíritu, como acto. Pero el hombre es espíritu en el mundo. La novela es acto no como creación de la nada sino a partir de materiales. Vamos a ver en primer lugar el

contenido de la novela en su sentido más objetivado que es el mundo del Dictador.

Como se ve este material de la novela es ya completamente subjetivo, en el sentido de que es el mundo visto y puesto por el Dictador. En la novela no existe la descripción, pretendidamente objetivista, de escenarios, sucesos o personajes.

Hay que recalcar que es un mundo visto en cuanto puesto. El Francia de Roa Bastos partiría del postulado marxista según el cual sólo se conoce lo que se transforma. La capacidad de decir, o sea de interpretar la historia o de proyectarla, la capacidad de proponer, la capacidad de dialogar con los contemporáneos en un diálogo real se basa en la capacidad política, que conlleva capacidad económica y capacidad militar, y llega hasta donde lleguen éstas. El resto es cháchara vana; peticiones infantiles o sueños ilusos de esclavos, no la palabra del hombre libre.

Es esta la palabra de un tiempo histórico abierto en la Independencia por estos hombres y que aún tiene futuro. Es, pues, una palabra fundamentalmente en presente. Una palabra que alude a hechos fundacionales, una palabra que marca ordenadas, que propone caminos, actitudes y programas que aún esperan cumplimiento. En este sentido son a la vez testimonio contra nuestra generación y semillas de poder depositadas en ella. Palabras de juicio y de esperanza. Y sobre todo palabras propias y por eso palabras constituyentes, palabras que nos dan identidad histórica.

Ante todo dan cuenta de lo que han hecho: La Independencia. La independencia que ya está pero que todavía no se ha consumado. Por eso el Francia de Roa Bastos reúne lo mejor del Dictador paraguayo y de Bolívar y San Martín y Martí y del Che y Fidel y los pensamientos de muchos que aún buscan encarnarse en un poder que los haga realidad histórica.

He aquí la proposición revolucionaria: "¿Cómo establecer la igualdad entre ricos y pordioseros? ¡No se fatigue usted con esas quimeras! me decía el porteño Pedro Alcántara de Somellera en vísperas de la Revolución. Voto, sueño piadoso, que no puede realizarse en la práctica. Vea usted, don Pedro, precisamente porque la fuerza de las cosas tiende sin cesar a destruir la igualdad, la fuerza de la Revolución debe siempre tender a mantenerla: Que ninguno sea lo bastante rico para comprar a otro, y ninguno lo bastante pobre para verse obligado a venderse. Ah, ah, exclamó el porteño, ¿usted quiere distribuir la riqueza de unos pocos emparejando a todos en la pobreza? No, don Pedro, yo quiero reunir los extremos. Lo que usted quiere es suprimir la existencia de clases, don José. La igualdad no se da

sin la libertad, don Pedro Alcántara. Esos son los dos extremos que debemos unir." (44. cf. 105-6, 113, 315-16)

Pero esta revolución fue traicionada desde su nacimiento por la oligarquía parásita y seudorrevolucionaria y por su brazo militar: "Esta gentuza que se debatía entre sus intereses, sus temores, sus ineptitudes y mutuos recelos". (172) La milicia exhibicionista, ignorante y codiciosa y sin más ley que su espada y su apetito interpretó la Independencia como vándalaje. (169-71) Pero algunos próceres se supieron elevarse sobre sus intereses de clase y escuchar los reclamos del pueblo: "Vea usted, contemple a este pueblo sencillo que ansía como todos la libertad, la felicidad, cómo rebulle en el horno de su fervor! Esos seres reales, esos seres posibles nos interrogan, nos aclaman, nos reclaman, nos imponen su mandato inocente a nosotros que somos seres probables ya sin padres ni madres, montados orgullosamente en nuestras ideas que son ideas muertas si no las llevamos a vías de hechos. Ellos están vivos. Nos aplauden pero nos juzgan. Esperan su turno". (228) Por eso Francia aparece como el anti-hacendado, no como el único hacendado, sino el guardián del pueblo campesino, trabajador, el guardián del Común. (43-44, 342-43, 382) Sería la personificación del país agrario, el país culto porque cultiva la tierra y no los pleitos y la maneras, el país natural frente a la oligarquía parásita y seudorrevolucionaria. (38, 226, 228, 268-9) "Contemple a este pueblo que nos ovaciona, que todavía cree en nosotros. ¿Cree usted que nos están rogando clamorosamente que los convirtamos otra vez en esclavos de una minoría de privilegiados para explotarlos en su particular beneficio como hasta aquí lo vinieron haciendo los amos extranjeros?" (230, cf. 384) Por eso Francia propone una independencia independiente tanto del exterior como del interior. No tiene sentido independizarse de España para amarrarse a otro timón". (168-9, 208-9, 220-34, 245, 340-3) Para lograrlo, la revolución debe crear su propio ejército, expresión del poder que la hace nacer. (174-5, 179) Pero ese ejército tiende a degradarse (384-96); por lo que en definitiva el verdadero ejército revolucionario es el pueblo en armas (401-2). Sobre este poder real del pueblo vendría la Federación, como la única independencia real para el continente (209, 220-29). "Más yo no veo posible su establecimiento sino por medio de un proceso verdaderamente popular y revolucionario" (228. cf. 240-1)

Desde esta historia en marcha, desde esta altura histórica conquistada puede Francia dialogar con el Occidente desarrollado. No será ya el vasallaje, el mimetismo sino la interpretación desde una

perspectiva propia, el aprovechamiento y la admiración, pero también el juicio y la superación. Y vienen hermosos diálogos con Pascal, con Rousseau, con Sade, con Bompland, con Franklin. Son verdaderos ejercicios de libertad creadora.

Y desde esta misma perspectiva viene la dedicación a la ciencia y el aprendizaje y manejo de la técnica. Y este tratar de ponerse a la altura histórica —no como estar en la onda sino como servicio al país— cobra proporciones meta-históricas, cósmicas, prometéicas en el alucinante episodio de la captura del aerolito. Desde la perspectiva del Dictador significa “cazar al azar” (107) ya que el azar sería un modo de desconocimiento e irresponsabilidad. Porque la naturaleza, si a primera vista es como un laberinto, tiene sin embargo sus leyes que pueden ponerse al servicio del hombre. De tal manera que someter a este errático huésped del espacio es la expresión simbólica de no dejar nada a la costumbre. Cazar al azar equivale a “libertar a tu país” (108). Traer sometida ante el Dictador a esa presencia no calculada expresaría el proyecto de “sacar al país de su laberinto” (109).

Y en la utilización de todos los recursos en defensa de la Patria, ante enemigos muy superiores no sólo se vale de los recursos de la ingeniería militar y hasta de los mosquitos y los pantanos sino también hasta del aprovechamiento militar de las leyes ópticas de los espejismos en las enormes llanuras. Y por eso en una fantasmal parada militar en que caballos y hombres parecen aparecer y desaparecer dice y advierte a los enviados de Brasil y Argentina: “He usado el espejismo en otras ocasiones con idéntica eficacia”. (272).

YO EL SUPREMO DICTADOR PERPETUO.

Esta empresa de emancipación y de creatividad es para Francia un absoluto. Francia no se casa. Francia no ama. No hay lugar para eso en este tiempo que es sólo tiempo de nacer. Y Francia se aplica a nacer para que nazca la Patria. Nacer de sí. Ser hijo de sí. Hacerse. Hacerse en el hombre de la tierra indio o negro. Y Francia se recuerda de joven en una empresa alucinante: la de nacer en un cráneo viejo. Y, como en las tragedias antiguas, sale la madre agorera que anuncia el repudio que el hijo Francia-Edipo hará de ella y de su padre (307). Y viene la escena tremenda y fría en que por poco estrangula a su padre (307). Y la otra terrible en que lo mata y nace (308-9). Una mágica caza del padre-tigre. La escena alucinante en que se despierta, surge del crimen.

Este será también su talante político. El nacimiento de la Patria como un absoluto. Para eso acaba con los oligarcas.

Y se apoya en el pueblo. Es una especie de cesarismo democrático (45-7). Y el libro canta las glorias de este reino de laboriosidad, de paz, de igualdad, de seguridad (285-6). Pero Francia acaba suplantando al pueblo: “Vucencia ama tanto a sus hijos como la pelícano-madre; los acaricia con tanto fervor que los mata” (142)

El desarrollo de la novela marca el camino de la Independencia a la autocracia para salvaguardar —de algún modo— la independencia. Para que la patria naciente no fuera el botín de los alzados para repartírsela, era necesaria la voluntad tenaz del que representara al Común, aun a costa de quebrar todas las voluntades individuales. (168-79, 180, 227, 254, 325-6). Pero la autocracia engendra a los esbirros, segrega a los funcionarios, mil pequeños dictadores, caricaturas que conservan del modelo no la luz de la Idea sino la incondicionalidad del mando (367-8). Y la autocracia engendra la soledad del pueblo, inconsciente de sí y huérfano de líder, porque el Dictador que sale de él acaba distanciándose del pueblo. Y engendra la soledad del autócrata. Cuando intente una vez dar un poco de sí, salir de ese ámbito de matar o morir para entrar en el ámbito del dar gratuitamente, la maquinaria creada por él hará que ese acto de cariño quede burlado (348-51). Y al fin la única conversación desarmada, lanzando palabras al otro, palabras indefensas, palabras libres, palabras, pues, verdaderas, el único diálogo será con su perro, casimuelos ambos. Palabras ya inútiles; demasiado tardías.

Por eso el Francia Padre de la Patria, el que planta las coordenadas del futuro, no tendrá descendencia. Ni la quiere, ni lo puede, y aun pide que sea así: “Si por ahí, como quien no quiere la cosa, encuentra por azar la huella de la especie a que pertenezco, bórrela. “(290) Es que “si hay infierno, es esta nada absoluta de la absoluta soledad” (289.cf.446). “El gigantesco árbol del Poder Absoluto.” (289)

Es una especie de acto de amor este no querer descendencia. Pero ve que la tendrá: o despotismo o desgobierno, y al fin siempre son la misma cosa. “No acabará esta especie maligna de la Sola-Persona hasta que la Persona-Muchedumbre suba en derecho de sí a imponer todo su derecho sobre lo torcido y venenoso de la especie humana.” (290)

Este sería el reto del libro. Sería ese comunismo místico de Natividad y su descendencia en El luto humano o ese Hijo del hombre del que Cristóbal Jara sería un doloroso anticipo o ese hombre de nueva raza que el embajador de USA ya vislumbra con temor en El recurso del método.

LA NOVELA, LABERINTO DE SOLEDAD

Y mientras viene esta Persona-Muchedumbre y para que venga está la novela como un complejo proceso de desnacer, como un complicado aparato para derribar ídolos y para dejar libres al tiempo y a la palabra. Y en primer lugar está la novela para derribarse a sí misma como pretensión mesiánica: “Decir, escribir, algo no tiene sentido. Obrar sí lo tiene. La más innoble pederreta del último mulato que trabaja en el astillero, en las canteras de granito, en las minas de cal, en la fábrica de pólvora, tiene más significado que el lenguaje escriturario, literario. Ahí, eso, un gesto, el movimiento de un ojo, una escupida entre las manos antes de volver a empuñar la azuela ieso, significa algo muy concreto, muy real! ¿Qué significación puede tener en cambio la escritura cuando por definición no tiene el mismo sentido que el habla cotidiana hablada por la gente común?” (219)

Pero cuando no se puede obrar se escribe. Y como último recurso, como último grado de la existencia, Roa Bastos escribe. Escribe sin poder creer, entrando y saliendo en la magia, sin querer quedarse porque sería impostura, necesitando meterse para sentirse vivir-engendrar.

Se pone el mito: la realidad lo degrada. Se pone la teoría política: sólo es teoría y ni aun como eso vale. Se pone el recuerdo: y sí alimenta pero desviviéndolo a uno, alimentándose de su tiempo. Se ponen los hechos: ahí están: tienen dos caras. Se pone el tirano: y se queda solo; se desarrolla todo su ser hasta que se desvanece; y comienza de nuevo la cinta. Se pone el autor-escribano: y nace y muere; sólo puede hacer acción dependiente: reflejar, modificar, esconder, ¿adivinar? Es el amor y la muerte, el amor-muerte y tal vez sólo sea la soledad de la novida.

Sólo por caminos irreales puede tal vez evocarse toda una época irreal.

La escritura debe sufrir una penosa y difícil metamorfosis para pasar de decir al pan pan y al vino vino a expresar la verdad de lo sin verdad. La escritura debe entonces caminar por una estancia oscura tratando de toparse con bultos. Aparentemente parecen palos de ciego; en realidad se trata de tender trampas, reclamos, disfraces por si la realidad cae en la red, acude al conjuro, por si con las piedras de los pobres datos sin vida logra levantarse el fantasmal edificio de la dictadura de Francia. Ese camino también debe recorrer el lector. Si no prefiere caminar sin rumbo, detenerse en los artificios como si se tratara de gente.